



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.^o—NÚMERO 38.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Los Inocentes.—En el nombre de Dios, poesía, por Don Francisco Jimenez Campaña.—**Solo un Dios y solo un culto,** por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La Pampa,** poesía, por Don Rafael Obligado.—**El Devocionario,** leyenda.—**Variedades.**

LOS INOCENTES.

(CONCLUSION.)

IV.

La viejecilla se sienta entre unos escombros que hay en frente de la casa magnífica, y estrecha al niño entre sus brazos para darle calor, y con besos y caricias quiere hacerle olvidar el dolor del latigazo.

—¡Pobre hijo mio! dice. ¡Si tu padre viviera!

El niño llora y se queja, á veces del dolor, á veces de hambre y de frio.

Van llegando otros coches, y en la casa van entrando otras gentes lujosamente vestidas y abrigadas. Nadie repara, y si alguno mira, ninguno hace caso del niño y la viejecilla que entre los escombros de enfrente se mueren de hambre

y de frio, y parecen abandonados de Dios y de los hombres.

Poco á poco va aumentándose el ruido que sale por los balcones del cuarto principal, y nótese mas movimiento y mayor animacion. La sala se ha llenado de gentes que se sientan á la mesa y comen, beben y rien. Con lo que su gula perdona, con lo qué cada uno desperdicia, habria de sobra para salvar la vida y mantener muchos dias á los pobrecitos que entre los escombros de enfrente se mueren de frio y de hambre.

La viejecilla pone atento el oido, y el rumor de las voces y las risas y los platos la hace estremecerse, y rompe á sollozar y á llorar con mucha amargura.

—¿Qué es eso, abuelita? pregunta el niño asustado.

La viejecilla abraza y besa á su nieto, y besándole, se serena, y le dice:

—Hace muchos años, hijo mio, pasaba yo con tu padre, que era niño, la velada de Noche Buena ahí dentro, sin hambre, sin frio, y celebraba el nacimiento del Niño Jesús orando y cantando con piadosa alegría.

—¿Y por qué no entramos ahora? preguntó el niño.

—Han pasado muchos años, han pasado muchas cosas, replicó la viejecilla; y esa casa ya no es nuestra.

Y por entretener al niño, ó porque la boca habla de lo que está lleno el corazón, prosiguió diciendo:

—Entonces aquí no había casas, todo esto era campo, y ese palacio que mis ojos ya sin luz no pueden ver, era magnífica iglesia. Las tierras que había detrás eran de los monjes que cuidaban de la iglesia; pero ellos vivían pobremente, y las tierras estaban repartidas entre muchos pobres. Una de ellas había sido de mis abuelos, y de mis padres, y mía; y cuando yo me muriese había de ser de mis hijos y de mis nietos. Cuando las hojas caían teníamos que llevar á la iglesia dos gallinas; cuando brotaban las hojas llevábamos flores para el altar de la Virgen.

En cambio de eso teníamos casa que nos daba abrigo, tierra que nos daba para comer; y los monjes cuidaban de la iglesia, enseñaban á nuestros hijos, y nos daban limosna cuando el año era malo, y nos consolaban en nuestras tristezas, y nos asistían en nuestras enfermedades. Porque eran nuestros señores; pero nosotros los llamábamos padres, y eso eran también. Cuando llegaba Noche-Buena ponían en la iglesia un nacimiento muy hermoso, y todos veníamos á cantar y á rezar delante del Niño Jesús. En Semana Santa ponían un Calvario, y todos asistíamos á los Divinos Oficios. Nos alegrábamos cuando Jesús nacía, llorábamos cuando Jesús moría: sus fiestas eran nuestras fiestas, porque nos considerábamos, y así era verdad, miembros de la familia de Jesús. Ya era mozo tu padre, cuando un día vino un hombre y le dijo: Los que cuidan de esa iglesia son ricos, y tú eres pobre; ¿quieres que los echemos y nos repartamos sus riquezas? Tu padre le miró espantado. ¿Qué harías tú si alguno te dijese que te volvieres contra tu abuela y la hicieses mal?

—¡Ave María, abuelita! exclamó el niño abrazándola.

—Pero aquel malvado encontró otros malvados que le ayudasen. Un día entraron en la iglesia, asesinaron á los que cuidaban de ella, tiraron las imágenes, destruyeron los altares, levantaron ese magnífico palacio; y al día siguiente nos echaron á los pobres que vivíamos en las tierras que había detrás, y se las entregaron á gentes ricas, que les dieron por ellas mucho dinero. Nosotros tuvimos que pedir limosna hasta que tu padre encontró trabajo en una fábrica que había hecho el que se apoderó de la iglesia que estaba ahí enfrente. Su oficio era dar vueltas á una rueda. Antes de amanecer ya estaba al pie

de la máquina; no salía del trabajo hasta que ya era de noche; y aún los domingos tenía que ir á la fábrica para que no le despidiesen y nos dejaran sin comer. Tu padre era muy alegre, y se puso muy triste; era muy bueno, y se hizo huraño y violento. El pobrecillo pasó un día y otro día, y un año y otro año atado á una rueda como las mulas de una noria, sin tiempo para estar con nosotros, sin tiempo para rezar, sin un día de descanso, oyendo á todas horas blasfemias y maldiciones. Los que le quitaron el pan del cuerpo le arrancaron también la paz del alma.

Un día se acercó á él un hombre, y llevándole á una ventana, le enseñó un coche muy lujoso que pasaba, tirado por caballos muy hermosos, con criados vestidos de libreas muy vistosas, y dentro un señor muy majo que era el dueño de la fábrica. Díjole el hombre á tu padre:—Tú trabajas y te afanas como una bestia, y no tienes un día de alegría, y cuando seas viejo, te morirás de hambre. Ese, entretanto, goza el fruto de tu sudor y vive como un príncipe. ¿Quieres que le matemos y nos repartamos sus riquezas? Tu padre miró al del coche con ira, miró con alegría al que le hablaba, y salió con él á la calle.—Toma, le dijo el que le acompañaba, y le dió un puñal.—Atravesaron unos cuantos callejones, hasta llegar á una plaza por donde el coche había de pasar, y esperaron. Ya llegó el coche, el que iba con tu padre le dijo:—¡Mátale!—Tu padre saltó al coche, alzó el puñal y le hundió en las entrañas del infeliz que iba dentro.

—¡Qué miedo! gritó el niño escondiendo la cabeza entre los brazos de su abuela. La viejecilla, bajando la voz, le dijo:

—Aquel hombre que iba con tu padre heredó al muerto, y ahora vive en esa casa.

—¿Y mi padre? preguntó el niño alzando la cabeza y mirando con ansia y susto á su abuela.

—Á tu padre le ahorcaron por asesino, respondió la viejecilla bajando más la voz y dejando caer la cara, bañada en llanto, sobre el cuerpo de su nieto.

V.

El festín de la casa magnífica llega á los postres; los vapores del vino alegran las cabezas y sueltan las lenguas; oyes el ruido de las copas que chocan, de las conversaciones que se animan, y ruidosas carcajadas, y alegres brindis, y estrepitosa vocería. Así reían, así gozaban el Tetrarca de Jerusalén, escribas y fariseos, mientras el Niño Jesús nacía en un pesebre, porque no había lugar para Él en el mesón.

La viejecilla, agotadas las fuerzas por el frío

y el hambre y el dolor, oprime contra su pecho al nietezuelo, que da diente con diente, y tiembla debilitado por el hambre, y se va quedando yerto con el relente helado que cae del cielo. Así tiritaba de frío sobre las pajas del pesebre el Niño Dios; así le abrazaba su Santísima Madre; así los miraba el Santo Patriarca en el establo de Belen, mientras los poderosos reían y gozaban en sus espléndidos palacios.

—Abuelita, dice el niño con voz apagada, no puedo más, me voy á morir.

—Hijo mío, le responde la viejecilla, sin fuerzas ya para abrazarle y con la cabeza medio perdida; Dios cuidará de nosotros.... la Virgen nos amparará.... los ángeles vendrán á buscarnos y celebrarán con nosotros la Noche-Buena....

El niño apoya la cara sobre el pecho de su abuela, la viejecilla dobla la cabeza sobre el cuerpo de su nieto, y se duermen. Primero duermen sin soñar; luego sueñan con los tambores y los nacimientos y el bullicio del día; luego sueñan con el Niño Dios, y con la Virgen, y san José, y los ángeles que cantaron la gloria del Salvador recién nacido; luego el hambre y el frío ponen yertos sus cuerpos, paran los latidos de sus corazones.... y ya no sueñan: los ángeles bajan á buscar sus almas, y se las llevan á celebrar la Noche-Buena en el cielo.

La luz que sale por los balcones de la casa se va apagando; el ruido de voces y risas se va extinguendo; á lo lejos van cesando el estrépito de los tambores, los gritos y los cantares. Todos duermen, todo ha pasado.

¡Feliz el chicuelo descamisado; feliz la viejecilla, que para ellos pasaron ya los dolores, y nunca pasarán las eternas alegrías!

EN EL NOMBRE DE DIOS.

EN LA PRIMERA HOJA DE UN ÁLBUM.

En el nombre de Dios potente y sabio
Que los mundos sostiene en la alta esfera,
Y los hace girar bajo su planta,
De luz llenando la creación inmensa.

En el nombre de Dios, que al mar soberbio
La valla pone de crugiente arena,
Y enciende con su aliento los volcanes,
Y detiene al torrente en su carrera.

En el nombre de Dios, que da á las flores
Hermosas galas, perfumada esencia....
Las páginas comienzo de tu álbum
Como el árabe empieza su poema.

No es que canto el amor de la cautiva,

Ni de las tribus la sangrienta guerra;
Es que doy un consejo á la cristiana
Del mundo triste en la feroz contienda.

Dios es paz, es la luz, es la ventura,
La tierra dolo, llanto, amarga pena.
Tu alma sencilla, noble, sin engaño.
Tu obra en nombre del Señor comienza.

Y tu vida será lago sin olas,
Luna sin nubes en la azul carrera,
Rio manso con flores en la orilla,
Que corre en busca de la mar serena.

Francisco Jimenez Campaña.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

Era muy temprano aun.

Don Martin, que habia pasado la noche desvelado; al amanecer, cansado y rendido del largo insomnio, se habia quedado profundamente dormido, y reposaba en aquel instante.

Elena saltó del lecho y corrió á abrir su ventana: nadie tampoco parecia estar levantado en la casa del banquero.

Ella no dudó, sin embargo, que su padre iria á buscarla.

Vistióse rápidamente, y fué á llamar muy quedo en el cuarto de Águeda.

La buena mujer era madrugadora por demás, y ya estaba levantada; pero al ver á la jóven no pudo menos de sorprenderse, y de decirla con afán:

—Qué es esto, hija mia? por qué vienes tan temprano? está mi señor malo? estás tú enferma quizá?

—No, Águeda; pero....

—Tu rostro está muy descolorido. Oh! tú no te sientes bien: espera, espera y te haré....

—Te repito que me siento buena, y que si he venido á buscarte es porque quiero que vengas conmigo.

—Yo?

—Sí, que me acompañes....

—Vas á salir?

—Vamos á San Ginés.

—Á San Ginés?

—No te detengas, Águeda.

—Mas ¿y si mi señor llamara?

—Ya sabes que él no se levanta tan temprano.

—Es verdad, pero....

—Pronto estaremos de vuelta, y tú le darás una disculpa cualquiera.

—Segun eso, no le has dicho....

—Oh! no: de ningun modo; él no debe saber esto.

—Hija mia: tú eres buena y juiciosa ¿por qué te ocultas de tu abuelo?

—Oh! es que me espe an.

—Una cita?

—Sí.

—Entonces....

—Águeda, tranquilízate; me llevas á ver á mi padre.

—Á tu padre! Jesus mil veces! qué has dicho?

—La verdad: ¿con qué otra persona podria yo hablar, á no ser con mi padre, ocultandome y de un modo misterioso?

—Pero, Dios mio, es eso posible?

—Sí, sí lo es.

—Al cabo de tantos años! ay! si mi señor lo supiera!

—Es preciso que lo ignore; hé aquí por qué quiero que tú me acompañes.

—Vamos, vamos corriendo; se apresuró á decir la pobre mujer, turbada, y colocando la mantilla en sus hombros. Sí, vamos, hija mia; pero ¿será cosa de que ahora venga á reclamar sus derechos sobre tí, y á separarte de mi pobre señor?

—No lo espero, ni eso seria posible tampoco.

—Ya estoy lista. salgamos.

Y las dos mujeres atravesaron de puntillas el corredor, y salieron de la casa sin que nadie se apercibiese de su ausencia.

Con paso rápido cruzaron algunas calles, y muy en breve pisaron el átrio de la iglesia, solitaria y desierta aun.

Elena no se había engañado.

La impaciencia de Héctor era igual cuando menos á la suya, pues ya la aguardaba allí.

La jóven dirigió una mirada en derredor, y vió sobre un altar y alumbrada por los reflejos de una lámpara, la santa imágen de la Virgen Maria, hermosa, y pura, y celestial y dulcísima, que parecia fijar en ella una mirada de sublime compasion.

Elena se postró á sus piés y oró con fervor un breve rato.

Ay! la jóven le pidió sin duda fuerzas para sufrir, pues sin saber por qué, entreveia muchas lágrimas para el porvenir.

Despues se acercó al oido de la anciana criada y la dijo con tono resuelto:

—Espérame aquí.

Águeda hizo con la cabeza un signo afirmativo, y siguió con la vista á Elena, que desapareció por la entrada, acompañada del banquero.

—El padre de su amiga! murmuró; qué quiere decir todo esto? si será él? si será ese el esposo

de la pobre señorita Consuelo? si habré yo hecho mal en acceder á sus deseos? pero no, no: ella es muy buena, muy buena, y luego, aunque tiene una voz de ángel y un aire muy dulce, cuando me dice «haz esto,» lo dice de un modo que no hay mas que obedecer y callar: eso es lo único que puedo hacer ahora; en fin, rezaré mientras por su madre, y que su madre la proteja.

Y la buena anciana sacó su rosario y se puso á pasar sus cuentas, aunque su pensamiento no podia ocuparse de las palabras que decia.

Entre tanto Elena se habia dejado caer el velo sobre el rostro, y tomaba el brazo de su padre, que la esperaba á la entrada.

El primer pensamiento de Héctor fué conducir á su hija al mas inmediato restaurant que hallase, y tomar un cuarto reservado para hablar á solas con ella.

Pero el recuerdo de su última entrevista con Consuelo le detuvo, y dirigiéndose á la jóven,

—Elena, la dijo, nuestra conversacion ha de ser larga, ¿dónde quieres que nos dirijamos?

—No sé, contestó ella.

—Mi berlina ha quedado á dos pasos de aquí, ven.

—Y si algun criado...?

—Los mios son mudos y ciegos cuando se trata de mí: además, cúbrete bien con el velo y no podrán conocerte.

Elena obedeció, y un instante despues subia con su padre á la elegante berlina de éste, que dió orden el cochero para que les condujese á la pradera del canal.

Cuando padre é hija pudieron hablar con entera libertad,

—Elena, dijo el banquero, por primera vez puedo darte el nombre de hija mia, y por primera vez puedo tambien posar mis labios en tu frente, despues de llorarte perdida.

—Padre...

—Oh! sí: dame muchas veces este dulce nombre; si supieras cuánto he soñado con el instante de escucharlo de tu boca!

—Yo tambien, muchas veces, he sufrido al ver á otras jóvenes mas dichosas que yo, llenarse de placer con las caricias de su padre, y de orgullo con llevar su nombre, mientras que yo ignoraba á quién debia el ser y la vida.

—Nada te dijo nunca Consuelo con respecto á mí?

—Todo lo que puede decirse á una niña de doce años: que ame y rece nada mas.

—Y tú ignorabas....?

—Todo: conservaba un legajo de papeles, unas memorias que mi madre escribió para mí, pero solo para cuando tuviese los quince años.

—Y no las has leído hasta ahora?

—No señor; mi abuelo me suplicó que respetase aquel escrito, algún tiempo mas. Sin duda creía que aun era muy niña para juzgar lo que leyese.

—Y entoncos, ¿cómo es que has abierto esas cartas?

—Era muy desgraciada y busqué consuelo en la memoria de mi madre.

—Desgraciada tú! acaso D. Martin...?

—Es para mí el mas cariñoso y bueno de los padres.

—Entonces, qué te hace sufrir?

Elena inclinó la frente y su hermoso semblante se cubrió de un encendido carmin.

—Habla, hija mia, la dijo su padre tomando su mano, al notar su turbacion; habla, nada temas, mi indulgencia será igual al cariño que te profeso.

—Amor, sí, no indulgencia necesito; el infortunio no es una culpa!

Elena fijó su triste y purísima mirada en su padre, al decir estas palabras; pero no se atrevió á continuar.

Héctor llevaba pocas horas de llamarla hija, y no le inspiraba aun confianza alguna: además, los secretos del alma de una jóven de su edad, solo puede depositarlos, sin ruborizarse, en el seno de una madre.

El banquero adivinó, sin embargo, parte de la verdad, pues recordó las palabras que se escaparon del corazon de su hija en la noche precedente.

—Es quizá un cariño contrariado lo que forma tu desgracia? la preguntó mirándola fijamente.

—Padre mio...!

—Anoche creí oírte decir algunas palabras, y entre ellas nombraste á Ricardo Dervil.

—Ah!

—Dime qué hay de comun entre ese jóven y tú, dímelo todo, Elena.

—Ya sabe V. que él ha jurado que me amaba.

—Y tú...?

—Yo.... yo....

—Sigue.

—Ay, padre mio! su cariño es mi solo bien, y el temor de perderle es lo que me hacía ser infeliz.

—Segun eso, le amas mucho?

—Con toda el alma.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA PAMPA.

¿Qué voz suave, qué sonoro acento
Para cantarte ¡oh Pampa! me demandas?
¿Será el rugido atronador del viento?
¿Será el susurro de las auras blandas?

Te veo y me extremezco: mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito despues alzo la frente
Y soberbia te abarca mi pupila.

Entonces tu grandeza me levanta
Y libre como el viento correr quiero:
¡Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuela con impulso de pampero!

Fácil el llano como el mar se tiende,
Huyendo lejos se adivina el monte,
¡No hay límite!.... la niebla se desprende
Y á su paso se aleja el horizonte....

«¡Mas rápido! ¡mas rápido!... Entreabierto
Allí está el porvenir en tu camino;
¡Salta! ¡vuela! devora ese desierto
Y arráncale el secreto del destino!»

Y el caballo se lanza, ya sediento
De espacio, de huracan y de frescura;
¡Se desata y se aleja el pensamiento
Como un ave extraviada en la llanura!

El alma sobre el llano se difunde
Como un rayo de sol al mar distante,
Lo abarca, lo limita, lo confunde,
¡Lo empapa con su espíritu gigante!

Si! que del potro la veloz carrera
Precipita al abismo los sentidos;
El vértigo del alma se apodera
Y se sienten los nervios sacudidos.

El pecho se dilata, se electriza,
Se oye golpear un corazon de acero;
¡Allí el pulmon para vivir precisa
El soplo poderoso del pampero!

Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
¡Tengo orgullo de ser americano
Y de gozar de libertad salvaje!

Se enardece mi alma, delirante
Arranco el velo al porvenir: ¡cuán bella
La imágen de la Patria deslumbrante
Amor y gloria y juventud destella!

Siento el amor y el incesante coro
De un pueblo egregio que el progreso guía,
Y elevo mi alma á Dios.... ¡Me postro y oro
Ante la imagen de la Patria mia!

Entonces quema mi ardorosa mano,
Mi corazon es fuego, mi frente arde....
¡Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde!

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonía;
La tarde es un ensueño en la penumbra,
El beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado:
Es mas triste, mas bella, mas grandiosa,
Su tinte mas ideal, mas delicado.

Ni un rumor escuchais, ningun ruido
En la vasta planicie solitaria,
Solo un vago y dulcísimo gemido
Que parece la voz de una plegaria.

Como el perfume de la flor, abierta:
Á los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende, y flota incierta
Entre las ondas del amor que espira.

El cuerpo desfallece, la mirada
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante y fatigada
La paz del sueño y de la sombra anhela.

Aspirais de ese cuadro misterioso
Una dulce ideal melancolía;
El corazon, latiendo silencioso,
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar á la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra;
Escenas que se alejan vacilantes
Y trémulas se ocultan en la sombra.

Veis surgir con el alma estremecida
Los seres que en el mundo habeis amado;
Su sonrisa.... su llanto.... su partida
Tras la bruma dudosa del pasado.

Llega la hora sublime.... aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela á su Creador tranquila.

Á ese instante de unción no hay quien resista!
Eleva al ignerante, eleva al sabio,

Estático quedais, fija la vista,
Con el nombre de Dios trémulo el labio...

Esperais un momento.... Ya la sombra
Sobre el llano sin luz rápida avanza,
Y os parece que ruedan en su alfombra
Las negras nubes que la noche lanza.

Entonce el trueno retumbando lejos,
Extremece los céfiros que vagan,
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperais un momento.... centellea
La tempestad que se alza á vuestro paso!
El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando las nubes agrupadas,
Empujan otras y otras de soslayo,
Rasgan su seno tétricas, y airadas
Vivaz arrojan al candente rayo.

Los relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
Parecen las miradas centelleantes
Del génio colosal de las tormentas!

Sentís hervir la sangre y os parece
Que rota vuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se extremece,
Á la luz del relámpago, vuestra alma.

Oh! qué placer!... El pecho palpitante,
Entreabre vuestra boca.... ¿dais un grito?
¡Lo prolongan los ecos al instante!
¡Lo contesta tronando el infinito!

Imágenes soberbias, atrevidas,
El alma llenan de visiones grandes:
¡Se sueña tras las nubes encendidas
Al Dios del Sinaí sobre los Andes!

Ó, rasgando los velos del santuario,
Se ilumina con ráfaga candente
La fecunda tragedia del Calvario,
El eterno reflejo del Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre,
Se quiebra el trueno en vuestra frente eguida,
Así concibo en mi delirio al hombre,
¡Figura colosal!.... ¡Rey de la vida!

Dadme la Pampa así!... ¡Súbito el rayo
Centellée en mi frente y zumbe luego!
La tempestad no es sueño, no es desmayo:
¡Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!

Rafael Obligado.

EL DEVOCIONARIO.

INTRODUCCION.

El invierno último tenía yo la costumbre, después de pasar los días en las oficinas del ministerio, de ir algunas noches á casa de mi amigo el doctor N.... Todavía no se había hecho célebre en su facultad; pero su pasión desmedida por las ciencias y bellas letras, le había puesto en relación con muchos escritores de nota, y con sabios de todos los países, y por lo mismo estaba seguro de encontrar siempre en su casa algún representante de esa aristocracia intelectual que domina, por su ingenio, la gran familia europea.

Señado cómodamente en una antigua poltrona y con los pies apoyados en un taburete cercano á la chimenea, me gustaba trabar conversacion sobre cualquier asunto, bien con un italiano apasionado por las bellas artes, bien con un alemán, grave, sabio y religioso; y siempre experimentaba un vivo placer, cuando veía entrar un joven inglés, que consideraba como al verdadero tipo de la elegancia británica. Alto, rubio, pálido y taciturno, sir Arturo parecía no tener ni un objeto determinado, ni una esperanza sobre la tierra. Trabajaba, no obstante con ardor, y en las ciencias hacía progresos admirables. Mi amigo el doctor N.... que le había visitado como médico, descubrió bien pronto que su enfermedad procedía del alma, y no teniendo por consiguiente esperanza de curarlo, se contentaba con hablarle de botánica, ó de geología á fin de distraerlo. Sir Arturo no faltaba á esta reunion ningún martes; pero cada semana que transcurría, percibíamos en su semblante una alteración más profunda.

Una noche, no estábamos allí más que los tres, el inglés, el doctor N.... y yo: sir Arturo hablaba poco, y su voz más melancólica y más grave que de costumbre, nos hacía estremecer, pareciéndonos el amortiguado eco de una campana que se oye de repente á media noche; á cada una de sus frases seguía un largo silencio; y nosotros contemplábamos con un doloroso interés á este hermoso joven tan bueno, tan noble, tan sabio, y que tal vez muy pronto iba á sucumbir víctima de un grande dolor.

Entonces yo, haciendo un esfuerzo para ahuyentar los *blue-devils*, (1) como dicen sus compatriotas, comencé á recitar los versos siguientes:

(1) Los diablos azules.

Bella y deliciosa flor,
Que á los rayos del estío
Y al dulce y fresco rocío
Manifiestas tu esplendor;
La fragancia que despides,
Al bien que adoro recrea,
Y cada vez que te vea
Repetirá, *no me olvides*.

No bien acabé de pronunciar estas últimas palabras, cuando sir Arturo se desmayó; indudablemente hubiera caído á tierra si yo no me hubiese apresurado á sostenerle. El doctor N.... le echó un poco de agua fresca en el rostro, y al instante volvió en sí; pero apoyándose sobre mi hombro comenzó á sollozar, y así permaneció lo menos un cuarto de hora, haciendo inútiles esfuerzos para contenerse. En fin, tal vez, avergonzado de su debilidad, nos pidió perdón por la anterior escena; nosotros no quisimos preguntarle el motivo que la había causado; mas él conoció nuestra curiosidad, y bien por escusarse, ó bien por entregarse al único placer de los infortunados, que es el de relatar sus penas y excitar la compasión, nos ofreció contarnos su historia. Queda á la consideración de los lectores la facilidad y el gusto con que consentimos en escucharle.

Dió principio á su relación en español bastante puro; pero cada vez que le sobrecogía algún triste recuerdo, se espresaba en su lengua materna, y estas palabras extranjeras que se mezclaban con las de nuestro lenguaje, producían en nosotros una especie de conmoción galvánica, llena de singular tristeza.

I.

«Yo pertenezco, nos dijo, á una familia honrada, aunque pobre: mi padre era oficial de la marina real, y murió á los cuarenta años, y al poco tiempo también perdí á mi madre. Uno de mis tios paternos tuvo compasión de mí, y logró mi admisión en un colegio cerca de Londres, y además se encargó de pagar los gastos de mi educación.

«Sin embargo, mi tio William no era rico; marino como mi padre, se había casado á los veinte años de edad por inclinación, no por cálculo, y cuando al poco tiempo de su casamiento se vió precisado, á consecuencia de un desafío, á dejar el servicio militar, no le quedó para vivir más que un mezquino sueldo, y un pequeño capital que impuso en casa de uno de los principales banqueros de Londres. Las heridas que había recibido en este duelo fatal, no le permitían emprender una

vida activa y se retiró á un reducido *cottage* (1) donde veía trascurrir los días en la oscuridad. Como la morada de los ricos persas, la cabaña de sir William era pobre y sombría en lo exterior; pero dentro encerraba tesoros de virtud y amor. Mi tía era un ángel de bondad, su hija... ¡no hay lengua que pueda expresar los encantos de su persona ni los de su entendimiento!...

«Mis tíos estaban contentos de mí, y yo tenía el permiso de salir del colegio casi todos los domingos. ¡Con qué arrebatos de alegría me lanzaba en plena libertad en el seno de los campos y de los bosques! Sobre todo, ¡con qué placer emprendía mi camino hacia la humilde residencia de mi tío, donde estaba seguro de recibir la mas tierna y afectuosa acogida! En el umbral de la puerta solía encontrar á mi prima Mary, fresca y risueña como la primavera. Sir William me abrazaba con cordialidad, y mi tía no solo me acariciaba, sino que me daba golosinas.— Hace seis meses, que soy rico y busco todos los placeres del mundo para distraerme; pero á todos los goces de la fortuna y del lujo renunciaría gustoso, por un solo día semejante á los que pasé en aquella cabaña al lado de mi prima Mary.

«¡Qué dulce y seductora la encontrabais! ¡Qué de gracias y perfecciones iban apareciendo en ella cada día! Antes que hubiese cumplido los catorce años, era casi tan alta como yo; pero tan delicada y tan esbelta, que se mecía incesantemente como una azucena batida por el viento!

«Yo acababa de cumplir los diez y nueve años, cuando el director de mi colegio declaró que mis estudios estaban concluidos, y me mandó á mi casa despues de muchos cumplimientos. Al instante me encaminé á la cabaña de sir William para darle parte de mi emancipacion escolástica: habia salido con su esposa, y encontré á mi prima, ordinariamente tan risueña, pensativa y llena de tristeza. Hacia ya mucho tiempo que mi tía se hallaba consumida por una grande afeccion de pecho, y su médico acababa de decirle que era menester que saliese de Inglaterra y viniera á habitar para restablecerse á un pueblo del Mediodia de España. Habiendo partido el médico, se echaron cuentas acerca de los gastos del viaje, y viendo que la fortuna de sir William no era suficiente para emprenderle, el viejo militar comenzó á llorar como un niño. La pobre enferma se esforzó por consolarle, y cuando yo llegué acababan de salir, á fin de distraerse dando un paseo. (CONTINUARÁ)

(1) Cabaña.

VARIETADES.

UN EPISODIO DE LA ROMERÍA ESPAÑOLA.

....Embebecido en recordar las impresiones numerosas y variadas de aquel día, iba á acostarme la primera noche que pasé á bordo del *Bourgogne*, cuando oí dar unos ligeros golpes en las tablas que me separaban del vecino camarote. Tan absorto estaba, que no se me ocurrió que podían llamarme; pero pronto se repitieron acompañados de una voz atiplada y vibrante, que decía con la amable franqueza y soltura de un muchacho despejado:

—¿Quién anda por ahí?

Sorprendiome no poco encontrar un niño entre los peregrinos, puesto que no habia advertido, ni siquiera sospechado, que estuviese representada en el *Bourgogne* la generacion naciente por uno de sus individuos.

—¡Hijo! respondí con viveza, ¿tambien tú eres peregrino?

—Sí, señor. Lo he sido ya de Lourdes, y lo soy ahora de Roma.

—¿Y vas solito?

—¿Qué V. no lo ve?

—Yo no veo nada, hijo, pero supongo irás acompañado de tu papá.

—Si no le tengo.

—De un tío, de un pariente, ó amigo.

—No, señor, no, no hay tal tío ni pariente ni amigo.

—¿Qué edad tienes?

—Diez años voy á cumplir.

—¿Te llamas?

—Joaquin N. para servir á Dios y á V.

—Apuesto á que te llaman Joaquinito.

—¿V. me conoce?

—No, pero conozco que eres algo picarillo.

—Gracias.

—Y como á todos los picaros suelen darles un nombre bonito....

—Cabal.

Aquel niño y aquella conversacion á ciegas, porque ni yo le veía, me iban interesando más de lo que necesitaba para desvelarme. Mis últimas palabras le habian agriado algun tanto, lo que estoy cierto no hubiera sucedido si nos hubiésemos hallado á la luz del día; así que tomando otra vez la conversacion, y dando á mi voz una inflexion todo lo insinuante que supe, continué diciéndole:

—Y bien, hijo, ¿qué vas á hacer en Roma?

—¡Ay, ay, ay! ¡qué ganas de conversacion tiene V.!

—Vamos, hijo, esta pregunta y te dejo dormir.

—Pues, adivínelo V.

—¡Ya! vas á ver al Padre Santo.

—Y á alge más.

—Á besarle el pié.

—Más, más.

—Quizá querrás hablarle y pedirle alguna gracia.

—Le digo á V. que haré más, mucho más.

(Continuará).